

FERNANDO SAVATER

ELOGIO DE LA TABERNA

NO conozco oración más conmovedora y más sentida que aquella con la que comienza «El pequeño vagabundo» de William Blake:

«Madre querida, Madre querida, la Iglesia es fría, mas la taberna sana y placentera; puedo decir además que es dónde me tratan bien.

A Victor
Gómez Pin

Tan buenos momentos no tendré en el cielo».

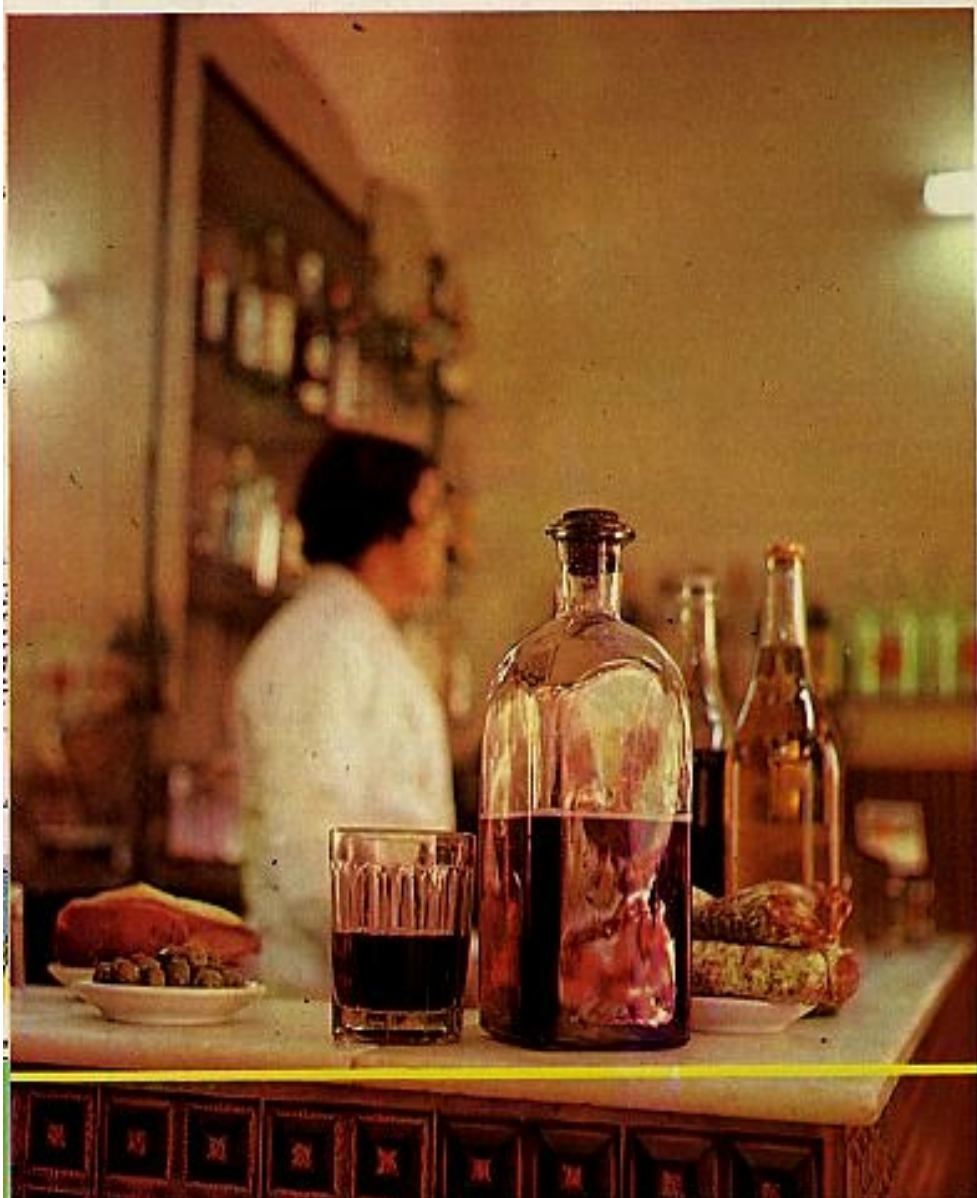
Es difícil decir más verdades en menos palabras, salvo quizás en algún tratado de matemáticas y, francamente, las verdades matemáticas son a la verdad lo que Audrey Hepburn a Marilyn Monroe. La taberna es un lugar sano, placentero y donde por añadidura mejor le tratan a uno: lo que pretende ser *Incosol* pero en auténtico, vamos. No hay signo de civilización más indudable que la abundancia y calidad de tabernas: allá donde proliferan las cafeterías, los *snacks*, los bares americanos y demás abrevaderos plásticos, no dudéis que el fantasma de Spengler anda frotándose las manos y los ca-

ballos justicieros de los bárbaros relinchan cada vez más cerca. Tuve yo un compañero de trabajo del fenecido PSP, luego del PSOE y hoy asesor ministerial que cifraba la civilización en los perros y la cerámica. Los países en donde se dan numerosas razas caninas, todas reverentemente tratadas, y en los que la cerámica es artesanía inventiva y públicamente venerada, eran para él países de primera, países punteros en lo que a desarrollo civilizado toca. De ahí deducía mi amigo la poca civilización del País Vasco, que ni abunda demasiado en variedades perrunas ni pone la alfarería por encima de otras tareas humanas. Personalmente, nada tengo contra los perros, a los que por lo general detesto, ni contra los cacharros con florituras, cuya utilidad y belleza no me son precisamente evidentes; pero que no me digan que se puede comparar una buena taberna con una olla megalomaniaca o con un chucho... Quizá en Euskalerría no haya nada de lo que encandilaba a mi amigo, pero en cambio sobran las buenas tabernas. Comienza uno a aprender euskera, por ejemplo, y los temblores de neó-



fito se le pasan cuando una de las primeras lecciones del método más popular se titula precisamente *Tabernan* y allí en la taberna se establece el animado dialoguillo pedagógico de los personajes, con elogios al vino y todo. Una lengua que comienza a aprenderse con ejemplos tabernarios tiene que ser por fuerza sabrosa y civilizada; imagínense por el contrario un idioma que iniciase la exposición de su mecanismo con un diálogo entre un orinal y Rin-Tin-Tin...

La taberna es un ámbito esencialmente materno, en el sentido más hospitalario del término: fuera todo es llanto y crujir de dientes, *extra tabernam nulla salus...* No es, pues, el lugar de la vida activa, sino del inicio o remate de la actividad; allí comienzan los negocios y también concluyen con un trago las sociedades que han dejado de ser rentables; allí se tonifican entre bélicos himnos subrayados por golpes del jarro sobre el mostrador quienes parten al combate y allí se celebra el regreso del héroe victorioso o del superviviente; de allí sale el viajero que marcha a lo desconocido y allí retorna para narrar a un círculo de ávidos oyentes las peripecias de su travesía; allí se bebe a la salud de la bella a cuya cita va a acudir por primera vez y allí también, ay, se apuran los tragos espesos en que se busca consuelo de su pérdida. La taberna es un paréntesis en la vida, como el sueño; y, también como el sueño, ese paréntesis está



ELOGIO DE LA TABERNA

más lleno de significado que la propia vida. Es algo así como la Legión Extranjera, pues uno puede perder su identidad acrisolada al entrar y fabularse una nueva personalidad que compartir con otro bebedor solitario o sencillamente puede preferirse el rincón menos iluminado y su perfecto anonimato, como hizo Ulises cuando volvió al reino que se proponía reconquistar. He dicho antes «bebedor solitario» y eso es algo que debe ser matizado, pues nadie bebe realmente solo en la taberna: en efecto, es el reino de la mediación y por tanto del reconocimiento que humaniza y satisface a la autoconciencia. El mediador es, naturalmente el tabernero: no hay oficio que requiera mayor sutileza, una distancia mejor calculada para asegurar la compañía acogedora sin atentar contra la pudorosa intimidad, una disponibilidad atenta y digna que sepa hacerse poco a poco cálida hasta la ternura cuando la ocasión lo requiera... ¿Cómo va a poder beberse a gusto en una cafetería de mecánicos y displicentes camareros, siempre descosos de que una deje libre la plaza que ocupa, o aun peor «horresco referens» en un autoservicio, que incluso en el mejor de los casos no es más que una adaptación de la cadena de montaje a las necesidades alimenticias? Encontrar un buen tabernero es tan difícil como encontrar un buen amigo; aún más raro y precioso, si me apuráis, porque el amigo exige de nosotros proezas afectivas que la discreción del buen tabernero obvia. Es el tabernero el encargado de que nadie esté totalmente solo en su casa y también de que nadie se sienta vigilado: ¡ojalá Dios nos tratase con igual delicadeza!

Quizá se me diga, con trémolo de regeneracionismo abstemio, que en las tabernas se bebe y allá donde se bebe también puede beberse demasiado. A lo que se supone que yo debería responder cantando las virtudes del uso moderado del alcohol, sus beneficios para la salud o la sociabilidad en la dosis adecuada, etc. Es lo que han hecho todos los hipócritas que en el mundo fueron cuando han querido defender el vino, de San Pablo a Xavier Domingo. Lamento no ser propenso a tales empeños educativos. Personalmente creo que no se debe beber demasiado sólo lo justo para emborracharse; pero en estas cuestiones me siento tolerante (como dijo muy bien Bergamín de sí mismo, soy liberal en todo salvo en política) y si alguien se encuentra a gusto en el exceso, no diré ni una palabra que

pueda desanimarle. No faltan, sin duda, argumentos edificantes a favor de la bebida: gracias a la embriaguez, por ejemplo, me he visto libre de la adicción a las drogas duras, pues no suelo estar sobrio el tiempo suficiente para conseguirlas. Pero no me rebajaré a este tipo de palinodias ni tendré la desvergüenza de considerar la borrachera como un efecto indeseado o un mal menor. Abundan las culturas que no han mirado la embriaguez con virtuosa repugnancia; no me refiero, desde luego, a las habituales coartadas antropológicas que relacionan los excesos éticos con la fiesta, la suspensión de lo cotidiano, la posesión divina, Dionisos y demás grandilocuencias para borrachos de mala fe. No, hablo más bien de una tolerancia usual y sin énfasis que suele darse por lo común en tierras de sólidos bebedores, como, por ejemplo, Escocia.

De esta peculiaridad habla el escocés Stevenson en su ensayo sobre uno de sus paisanos, el poeta e insigne borracho Robert Burns: «Lo más duro que he oído contra el alcohol en Escocia se lo escuché a una vieja puritana, que solía decir que la bebida es peligrosa porque puede llevar al vicio».

En cambio, Rabelais tuvo mala fama entre sus envidiosos contemporáneos por su afición desmedida al veneno de Noé; decían de él que nadie le vio nunca completamente sobrio por temprano que fuese, lo cual no deja de ser un bonito récord. Y, sin embargo, se ganó un hermoso epitafio de Ronsard por esta misma afición, en el que se incluyen interesantes disquisiciones sobre las transformaciones fermentativas de la materia:

*«Si d'un mort qui pourri repose
Nature engendre quelque chose
Et si la génération
Se fait de la corruption:
Une vigne prendra naissance
De l'estomac et de la panse
Du bon Rabelais, qui boivoit
Toujours, cependant qu'il vivoit...»*

Beber y vivir. Es increíble recordar



aquí otro epitafio, éste compuesto por el propio interesado bebedor nada rabelesiano sino agónico, pero dotado también de fundamental ironía:

*«Malcom Lowry
Difunto del Bowery
Su prosa era florida
Y a veces reñía
Vivió de noche y bebió de día
Y murió tocando elukele.»*

Y volvamos de nuevo a la taberna, de donde nunca salimos de pleno grado. Las hay de muy diferentes personalidades, según la bebida-base que se provee habitualmente en ellas. Las tabernas de vino suelen ser vivaces, canoras, propensas a la tapa y al pincho; las de cerveza, soñadoras y ensimismadas; las cantinas de tequila, peleonas. Todas tienen su encanto, a poco que uno sepa conciliar su ánimo con el *genius loci* imperante: es cuestión, como casi todo en la vida, de *saber estar*. Cuando llega la hora de elegir alguna, es ante todo justo y saludable enumerarlas en su diversidad con agradecimiento politeísta: tabernas de manzanilla de Sanlúcar de Barrameda, desde alguna de las cuales puede verse la placa con los nombres de los primeros navegantes que completaron la vuelta al mundo; finas tabernas sevillanas, de augustas aceitunas y mojama tenue; honrados *pubs* ingleses, quizá los antros más acogedores del mundo; rincones parisinos de la Isla de San Luis, cuando llega el nuevo *beaujolais*; cantinas de Taxco, en una de las cuales me invitó a escuchar nueve corridos un desconocido que pagaba en mariachis la pérdida de una apuesta; inolvidables tabernas venecianas, Ca d'Oro, Ruggiero, el Cacciatore de Murano, donde se bebe el fugaz y frugal *torbolino*... ¿Preferir? Uno las prefiere todas, es decir, prefiere su variedad y riqueza, pero el corazón del bebedor tiene sus rincones... El mío está arropado en las tabernas de la Parte Vieja de Donostia, entre *txakoli*, *gildas* y chorizo cocido, aunque hay cierto balconcito en Guetaria que tampoco cambio por nada del mundo. Se entiende ni de este mundo ni del otro.

El poema de Blake antes citado comenta sin melancolía: «Tan buenos momentos no tendré en el cielo». De algo estoy seguro: si allá en el otro mundo —infierno o gloria, tanto daño hay fuerte vigilancia, nada podrá impedir que mi alma despenada se lance cabeza abajo por el tobogán de las estrellas para acabar en un rinconcito del «Astelena» o del «Ormazabal», acariciando ya sin ojos ni lengua un *txakito* imposible y desesperado. ■ F. S.